

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



EL MONEDERO,
EL PARAGUAS Y
LAS GAFAS MÁGICAS
DE DON ESTEÑO

Fernando Olavarría Gabler

19



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

EL MONEDERO,
EL PARAGUAS Y
LAS GAFAS MÁGICAS
DE DON ESTEÑIO

Fernando Olavarría Gabler



EL MONEDERO, EL PARAGUAS Y LAS GAFAS MÁGICAS DE DON ESTEÑIO

No me extrañó tanto su nombre sino la singular manera de leer el periódico, esa mañana, cuando convalecía don Esteño de su rara enfermedad, en una sala del hospital donde yo trabajaba como médico internista.

Había llegado a una de mis camas con una gran intoxicación plúmbica y su evolución era de mal pronóstico.

Su piel y sus encías se veían grises y padecía de fuertes dolores abdominales que, en un principio, no nos guiaban hacia un acertado diagnóstico clínico.

Cuando nos relató que trabajaba desde hacía bastante tiempo fabricando soldaditos de plomo, nos orientamos hacia ese tipo de intoxicación.

Se trataba de un saturnismo.

Don Esteño evolucionó, si pudiéramos decir, en una trayectoria multicolor bastante original. El color grisáceo de su piel, varió a una tonalidad amarilla debido a la ictericia que apareció por falla hepática; del amarillo evolucionó al verde, cuando esta insuficiencia de la función del hígado se hizo cada vez más grave. Del verde de la piel y sus labios cambiaron al azul por el compromiso cardíaco, y el azul, un buen día, para gran satisfacción mía, cambió a rosado.

Esa mañana, al pasar visita por la sala, don Esteño, con su saludable colorido, leía el periódico, sentado en su cama después de

haber desayunado.

Me llamó la atención, eso sí, que tenía cogido el diario al revés y también sus gafas estaban puestas en forma invertida sobre su nariz.

Mi querido doctor -expresó- no se extrañe de lo que está viendo, pero las noticias que se leen en la prensa en estos últimos tiempos son tan trágicas y deprimentes, que la única manera de no irse para abajo con el ánimo, es irse para arriba con este método que se me ha ocurrido.

Leo las noticias al revés y son de un convincente optimismo. En esta forma puedo digerir toda esta sarta de calamidades.

-Excelente, don Esteño- respondí- Veo, por el color de su piel y su buen humor, que usted está completamente restablecido y he decidido darlo de alta.

Antes que me dé de alta, doctor, le ruego que reciba de mi persona unos modestos obsequios que tengo allí en mi closet; e indicándome el compartimiento que le correspondía, me hizo sacar de él, un paraguas viejo y un monedero de cuero. Entonces, sacándose las gafas, me entregó esas tres pertenencias.

-¡Pero don Esteño! - protesté. En último caso, el paraguas, ya que estamos en verano pero el monedero y sus anteojos ¡por ningún motivo!

-Nada de eso- respondió. Por favor, acéptelos. Es muy poco lo

EL MONEDERO, EL PARAGUAS Y LAS GAFAS MÁGICAS DE DON ESTEÑO

que veo con gafas o sin ellas, porque ya lo he visto todo a mis años. En cuanto al monedero, solamente contiene una sola moneda que no favorecerá mi estado económico, ni lo menguará si me desprendo de ella, y en cuanto al paraguas, usted lo ha dicho, no es probable que llueva en este tiempo y además el pobre está tan o más viejo que yo.

Pensando que no se podía desdeñar este cariñoso ofrecimiento, acepté cortésmente los regalos del anciano y lo di de alta.

Llegué muy tarde ese día a casa y mientras comía la fría cena que me habían dejado en el comedor, observé los viejos y gastados obsequios. Colgué el paraguas en el respaldo de una silla y puse las gafas y el monedero sobre la mesa. Abrí el monedero de cuero, apreté el estuche para que saliera la moneda hacia la parte plana, y ¡cuál no sería mi asombro, al constatar que lo que había salido era una gruesa y reluciente moneda de oro! Recientemente elaborada.

La saqué del monedero y la contemplé a la luz de las lámparas del comedor ¡Era maravillosa!

¿Habría sido una equivocación del pobre viejo al haberme regalado esto?

Era ya muy tarde y decidí ir a dormir. Me puse la chaqueta, eché en un bolsillo de ella el monedero y las gafas y tomé el paraguas. En esos momentos vino de la calle una ráfaga de viento que abrió de par en par las hojas de la ventana del comedor y el

paraguas se abrió súbitamente. Asustado lo apreté con ambas manos pero el golpe de viento fue tan intenso que me elevé por la habitación aferrado al mango del paraguas, y salí disparado por la ventana hacia la noche...

El susto y la sorpresa eran enormes.

Volaba sobre los edificios de la ciudad y cada vez alcanzaba mayor altura. La noche era negra. Grises nubarrones escondían la luz de las estrellas y las calles, allá abajo repletas de automóviles que semejaban luciérnagas, se veían cada vez más diminutas.

Mis manos se estaban acalambando, me invadía el pánico, entonces flexioné los brazos y con gran esfuerzo enganché el mango del paraguas en el cinturón y así quedé colgando de la cintura con gran alivio mío porque ya no soportaba más la situación.

Pude entonces contemplar con tranquilidad el oscuro y hermoso paisaje que me rodeaba. Las variaciones de las ráfagas de viento hacían que avanzara como flotando en un invisible oleaje que me hacía oscilar suavemente hacia arriba y abajo a gran velocidad.

Pronto el viento se calmó y comencé a descender lentamente. Perdía altura y al parecer planeaba por encima de una reluciente red de líneas férreas.

Más allá divisé un extraño edificio, todo iluminado por innumerables ventanillas redondas.

La visión era maravillosa ya que parecía un enorme farol

EL MONEDERO, EL PARAGUAS Y LAS GAFAS MÁGICAS DE DON ESTEÑO

chinesco o un resplandeciente capullo de gusano gigantesco.

El paraguas descendió silenciosamente y aterrizó en uno de los extremos de la enorme oruga que no era otra cosa que un magnífico hangar. En el extremo donde había aterrizado había una gran puerta abierta y pude observar que el interior estaba profusamente iluminado por múltiples lámparas que colgaban del techo. También había una larguísima mesa donde cenaban centenares de personas vestidas con extraños ropajes que me recordaron a los juglares de la edad media.

Los colores eran muy lindos. Algunos tenían puestos gorros con cachos con cascabeles en sus extremos y estos sonaban cuando movían alegremente la cabeza.

Al parecer los comensales festejaban bulliciosamente un gran acontecimiento.

Se comía y bebía en abundancia, entre risas y entretenidas conversaciones.

Yo, asombrado ante tan singular espectáculo, avancé con precaución hacia el centro de la larga mesa, llevando el paraguas plegado bajo mi axila izquierda. Allí estaba, al parecer, el rey o jefe de este pintoresco banquete. Al divisarme, levantó su jarro de espumante vino y me invitó a que me sentara al lado de él.

-Bebe con nosotros exclamó.- Estamos celebrando la nueva era. En este hangar la hemos construido y la enviaremos esta noche

al mundo cuando suenen las campanadas en el reloj de la torre, allá afuera.

Yo no comprendía lo que me decían y tampoco podía pasar al otro lado de la mesa, pero contagiado por el buen humor del ambiente, levanté el blanco mantel y pasé, no sin cierta dificultad, por debajo de la mesa. Esto provocó una ovación de la concurrencia y al salir al otro lado me cogieron en vilo y comenzaron a mantearme con gran alegría al mismo tiempo que cantaban: ¡Porque él es un gran compañero, porque él es un gran compañero y nadie lo puede negar!

Cuando se cansaron de zarandearme me sentaron en una silla y yo, levantándome apresuradamente recogí el paraguas que había caído al suelo no muy lejos de mí.

Brindaron y bebieron por el recién llegado y a cada momento levantaban sus copas para que los acompañara en los brindis.

Después de beber y comer un rico pato asado y papas sazonadas con una aromática crema, me tranquilicé y pude contestar algunas preguntas que me hicieron.

Cuando respondí que había llegado involuntariamente a donde ellos, volando en un paraguas, no les pareció extraño este hecho y siguieron conversando y bebiendo sin que yo les llamara más la atención.

Después de un rato, uno de los personajes que estaba cerca de

EL MONEDERO, EL PARAGUAS Y LAS GAFAS MÁGICAS DE DON ESTEÑO

mí, sacó una baraja de antiguos naipes y se pusieron a jugar sobre la mesa.

Apostaban dinero que sacaban de sus alforjas y así continuaron un buen tiempo.

Algunos de los comensales de los extremos de la mesa se habían reunido alrededor de los jugadores. En un momento dado se detuvo el juego y el que barajaba el naipe me invitó a jugar. Respondí que no tenía dinero, mas, ante la cara de desagrado que pusieron todos, me acordé del monedero y sacándolo del bolsillo lo abrí, apreté el estuche y salió la moneda de oro.

¡Apuesta! -gritaron.

Tiré la moneda y perdí.

-¿No tienes más?

-No. Respondí e incliné el monedero para demostrar que estaba vacío, pero cuál no sería mi sorpresa cuando observé que salía otra moneda.

No te cansaré lector con este extraño relato pero te diré que estuve sacando monedas de oro -unas tras otra- casi toda la noche, apostando a no se qué infernal juego y perdí todas las apuestas.

Cansado ya, de tanta racha de mala suerte, me di cuenta de que estaban haciendo trampa. Me levanté y dije en voz alta que estaba muy cansado y no jugaba más.

Esto provocó una airada respuesta de los comensales que,

indignados exigieron que continuara jugando. Como insistí en mi decisión, se pusieron de pies y se abalanzaron furiosos a agredirme, entonces sin saber cómo defenderme recurrí al paraguas y lo levanté amenazadoramente; en esos instantes el paraguas se abrió y subí hasta el techo del gran hangar. Desde allí observé cómo gritaban furiosos y empezaron a tirarme cuánto había al alcance de sus manos.

Llovían presas de pavo, copas, cuchillos, patas de pollo, perniles, uno que otro tenedor y numerosos platos. Pero ninguno pudo alcanzarme porque ya volaba muy alto y el paraguas, como sintiendo esta agresión, salió disparado por la gran puerta y se perdió en la oscuridad.

En esos momentos las campanas del reloj de la torre empezaron a sonar y mientras me alejaba velozmente entre los oscuros nubarrones, con el mango del paraguas en mi cinturón, me puse a meditar en todo lo que había sucedido y me estaba sucediendo.

¿Cuál era el futuro?

No había duda que el monedero de don Esteño era mágico ya que cada vez que se recurría a él, saltaba una moneda de oro. También no cabía la menor duda que yo era un mal jugador, de esos obstinados que sienten que no pueden perder y al final lo pierden todo.

EL MONEDERO, EL PARAGUAS Y LAS GAFAS MÁGICAS DE DON ESTEÑO

Por otro lado ¿Qué nueva era estaban celebrando esos tramposos, vestidos en forma tan estrafalaria? ¿Sería el nuevo año de la urraca en el calendario chino?

Con todos estos confusos pensamientos me quedé dormido, abrazado a la varilla de mi negro y antiguo paraguas.

Cuando desperté mi di cuenta de que ya era de día y volaba a gran altura sobre el mar.

El agua estaba calma y de un color azul intenso. Éste cambiaba al color turquesa alrededor de las costas de numerosas islas que divisaba allá abajo.

Sin poder gobernar el paraguas, estaba expuesto a su mágico capricho, él decidió sobrevolar una de las islas y aterrizó suavemente allí.

Después de plegarlo, avancé con cautela y curiosidad por una carretera que me recordaba los caminos de la antigua Grecia. Me llamó la atención la vestimenta de los primeros transeúntes que me tocó observar porque vestían como los antiguos griegos o romanos. Caminaban rápido y sus gestos o movimientos lo hacían a una velocidad mayor de la habitual.

Todos se dirigían a un grandioso templo de mármol blanco. Entraban y salían rápidamente de él. En la fachada estaba escrito con grandes letras:

A.PUR-ETE

Recurriendo a mis estudios relacionados con las “lenguas muertas” me aproximé a un habitante de la isla y le pregunté el significado de ese título. Me miró extrañado. No sé si por la pregunta o por mi indumentaria y muy inquieto me contestó que ese era el nombre de la diosa protectora de la ciudad.

-Este es el templo de la diosa Apur-ete -me dijo- el que entra a adorarla, al instante sale como “cuete”*, y se alejó rápidamente.

Ante tan insólita respuesta, decidí entrar.

Al fondo de la nave había una gran estatua de mármol de una mujer, pero su rostro estaba reemplazado por un reloj cuyos punteros giraban con rapidez y cada minuto de recorrido era anunciado por una campanada.

Los adoradores entraban presurosos, se postraban y salían corriendo como si fueran a perder algo.

Me di cuenta de que el reloj estaba sumamente adelantado y consultando a mi reloj de pulsera aproveché un momento en que no había nadie en el templo, para encaramarme a un banquillo que había por ahí cerca y detuve el minutero del rostro de la diosa.

Grave error.

Había sacerdotes que me estaban observando a través de estrechas ventanillas. Acudieron corriendo hacia mí, me bajaron del banco y me llevaron por un pasillo hacia un calabozo. Caí de bruces y se cerró la puerta. Poco rato después se abrió la puerta

* cohete. Nota del autor

EL MONEDERO, EL PARAGUAS Y LAS GAFAS MÁGICAS DE DON ESTEÑIO

nuevamente y me lanzaron el paraguas el cual cayó a mis pies con gran alegría de mi parte.

Allí permanecí varios días con sus noches y mi desesperación iba en aumento hasta hacerse insoportable.

El carcelero, que me llevaba velozmente un pan y un jarro de agua una vez al día, no me hablaba. Al parecer tan atroz había sido mi delito que no se merecía conversar con el autor de tan sacrílega falta.

Un día, el carcelero me respondió al ardiente deseo mío de saber cuánto tiempo estaría encerrado y su respuesta fue lacónica: Para siempre...

¡Estaba condenado a cadena perpetua!

Abrumado por la tremenda mala noticia, me senté en el banco que hacía las veces de cama y caí en una profunda depresión.

Apoyado el dorso en el frío muro de piedra me vino a la mente las gafas de don Esteño y sacándolas de la chaqueta me las puse al revés y evoqué la escena cuando el original anciano me había comentado cómo se podían leer las malas noticias del diario y transformarlas en algo optimista.

Al poco rato se disipó mi tristeza y empecé a sentir una felicidad que fue aumentando gradualmente.

Fue tal mi alegría que me puse a cantar y a reír y esto atrajo la curiosidad del carcelero que me observaba detrás de los barrotes de

la puerta.

Días atrás, había divisado cómo este hombre se entretenía con otro guardián, jugando con un tablero de damas. En el colmo de mi dicha lo invité al juego de damas y le propuse que las piezas blancas las cambiaría por piezas de oro y si yo perdía podría él llevárselas. El pobre creyó que estaba delirando o me había vuelto loco, pero cuando comencé a sacar las monedas, una por una, del monedero, las reuní en mi mano izquierda y las hice sonar, no pudo dejar de tentarse y alborozado fue a buscar el tablero y entró a mi calabozo.

Nos pusimos a jugar. En realidad, era un experto jugador y me costó ganarle. Se había quedado con casi todas las monedas que me había comido durante el transcurso del juego. Lo desafié nuevamente y sacando más monedas del monedero mágico, completé la formación.

Esta vez me ganó en buena lid y quedó muy contento.

Al día siguiente le pregunté si podríamos jugar en un patio que estaba más allá de la galería donde se situaba mi calabozo ya que necesitaba aire puro y sol. Para persuadirlo había juntado en la noche una buena cantidad de monedas de oro y las tenía formando pequeñas torres sobre mi banco.

El carcelero, con su rostro lleno de codicia, después de titubear un poco aceptó mi propuesta, me sacó de la oscura prisión y me llevó al patio cuyos altos muros y puertas enrejadas impedían la más

EL MONEDERO, EL PARAGUAS Y LAS GAFAS MÁGICAS DE DON ESTEÑIO

mínima posibilidad de huir.

Llegué hasta allí con la chaqueta puesta y el paraguas bajo el brazo y mientras el carcelero ordenaba las piezas sobre el tablero, abrí el paraguas y al instante salí disparado hacia el cielo.

Vi al pobre hombre en el centro del patio cómo alzaba los brazos y gritaba, y pronto, muy pronto, la prisión, el templo, la ciudad y la isla se perdieron de vista.

La idea había sido muy acertada y en los aires, sobre las nubes, di las gracias a don Esteñio por las gafas que me había obsequiado, cambiando mi oscuro destino por un brillante optimismo.

Atardecía. El Sol se escondía en el horizonte del mar. En esos momentos volaba sobre un bosque rodeado de altísimas montañas. El paisaje era maravilloso, entonces pensé que, siempre en los momentos más difíciles, es necesario reaccionar con optimismo.

Don Esteñio me había dado una gran lección.

Oscurecía rápidamente. El paraguas empezó a descender suavemente y después de un largo recorrido por encima de las copas de los árboles, aterrizó en plena noche en un claro del bosque.

Estaba muy cansado. Decidí buscar un lugar seco y cómodo donde dormir y encontré un gran árbol en cuya base había una buena capa de hojas secas. Me tendí allí y al poco rato estaba profundamente dormido. Me puse a soñar. Era un sueño muy agradable. Estaba rodeado de niños, todos ellos vestidos con

primorosos trajes de lindos colores. Ellos reían y jugueteaban alrededor mío con gran contento.

Saltaban sobre mi cabeza o corrían equilibrándose sobre mis piernas y vientre. Todo esto era muy simpático y divertido para ellos pero bastante molesto para mí. Entonces los retaba para que dejaran de fastidiarme y fueran a jugar más allá. Ellos obedecían y luego volvían con grandes risas a saltar sobre mi adolorido cuerpo. Uno de ellos me pisó la cara y desperté. Lo que vi me llenó de asombro, porque el sueño no era tal, sino pura realidad.

Allí estaban esos pequeños seres vestidos como duendecillos, con trajes de intensos y lindísimos colores, riendo y saltando como si fueran alegres niños.

Me senté y ellos se alejaron haciendo morisquetas, brincando y riendo a más no poder.

-Díganme -les pregunté- ¡Quiénes son ustedes?

-¡Somos duendees! Contestaron y se abalanzaron sobre mí haciéndome caer de espaldas.

Empezaron a hacerme cosquillas, a tirarme las orejas, a retorcerme los dedos y a saltar sobre mi cara y el cuello. Yo no podía evadir tan molestos cariños y levantándome con precaución para no hacerles daño me puse de pie y ellos empezaron a danzar y cantar alrededor mío:

EL MONEDERO, EL PARAGUAS Y LAS GAFAS MÁGICAS DE DON ESTEÑO

*Somos los duendes del bosque.
Somos los duendes del bosque
y te vamos a marear.
Somos los duendes del bosque
y te vas a caer ¡Ahora!*

En realidad, con tanto bullicio me estaba mareando. Las risas, los gestos y los cantos iban en aumento. El bosque giraba, giraban los duendecillos y caí pesadamente sentado sobre las hojas y esto provocó un gran regocijo a todos los duendecillos. Lloraban de la risa. Emitían gorjeos de tanto reír y se revolcaban sobre las hojas secas.

-¡Escuchen!- les grité ¿Puedo saber cómo se llama cada uno de ustedes?

Ante esta pregunta, que más bien pareció un llamado de atención, se pusieron de pie y se acercaron hacia mí más serenos y con caras maliciosas.

-Tú, que parece ser el mayor ¡Cómo te llamas?

-Fernando Augusto.

-¡Y tú, el del vestido naranja?

-Nicolás Andrés

-¿Y tú, el de azul?

-José Miguel

-¿Y el de celeste?

-Cristóbal

-¿Y el de verde?

-Juan Pablo

-¿Y el de marroncito claro?

-Alonso

-¿Y tú, el más chico y revoltoso, el de color amarillo?

-Joaquín Arturo

-Hum. Sus vestidos son muy lindos y sus nombres... Sus nombres, me recuerdan algo, pero estoy tan mareado que no sé quién o a quienes recordar.

Díganme ¿Hay más duendecillos en el bosque?

-Siii- gritaron todos a la vez, pero son pequeñitos y están dentro de los troncos de las mamás encinas.

-¿Cómo se llaman?

-No te lo podemos decir, contestaron, y comenzaron la ronda alrededor mío.

-¡No podemos decirte! ¡No conocemos sus nombres, porque aún no jugamos con ellos!

-¡Alto!- ordené. Terminen de bailar que me van a marear nuevamente.

-Díganme. En este bosque ¿Hay duendecillas?

-¡Sí!, exclamaron y empezaron a danzar cada vez más rápido.

EL MONEDERO, EL PARAGUAS Y LAS GAFAS MÁGICAS DE DON ESTEÑO

¡María Cristina, Consuelo Alejandra, Camila, Francisca, Valentina, Magdalena Paz, Sofía Andrea y otras más que no te vamos a decir!

-Ya, ya. Comprendo, respondí en voz alta. Probablemente no juegan con ustedes porque están dentro del tronco de mamá encina.

-¡No! ¡No!, gritaron y se fueron corriendo a la espesura del bosque.

Mientras tanto yo meditaba. Todos esos nombres me eran conocidos. ¿Dónde los había oído? ¿Qué significaban para mí?

Llegaron nuevamente los duendecillos trayendo fresas silvestres y un pote de leche.

Comí con fruición mientras los duendes saltaban, corrían y hacían cabriolas alrededor mío. Después bebí la leche pero no era leche sino savia de quizás qué misteriosos árbol y me quedé profundamente dormido.

Desperté volando boca abajo. Los duendecillos habían enganchado el paraguas, atrás, en la región lumbar, y mi viaje, ahora con los brazos y piernas colgando, no era nada de cómodo.

De esta manera entré por la ventana del comedor de mi casa y caí sobre la alfombra del living haciendo gran ruido.

Mi mujer se había despertado. Los niños dormían.

¡Pero, esposo mío! -dijo alarmada- ¿dónde has estado toda la noche? ¿Qué manera de llegar a casa! Al parecer has tenido mucho

trabajo ¿Pacientes graves?

-¿Pacientes? No, Más bien “impacientes”.

He estado en un banquete donde se celebraba la nueva era. Después, caí prisionero en el templo de la diosa Apurete y los duendecillos del bosque han jugado conmigo hasta decir basta y... esos nombres.

-¿Qué nombres?

-Los duendecillos.

-Dígame señor ¿Se siente bien? Anoche llamó por teléfono un paciente tuyo. Dijo que no era importante pero si pudieras visitarlo a su casa uno de estos días porque tenía que decirte algo.

-¿Dio la dirección?

-No. Dio el número de su teléfono -Dijo que se llamaba Esteño.

Al día siguiente marqué el número anotado y me salió una grabación.

Una voz de mujer decía:

“Si conoce el número del anexo, márquelo. Si su llamado es por fuga o escape de gas, marque el 1. De lo contrario marque el cero.

Nuestro operario lo atenderá. Gracias por llamar”

EL MONEDERO, EL PARAGUAS Y LAS GAFAS MÁGICAS DE DON ESTEÑIO

Colgué. Estaba perplejo. Últimamente no había ingerido leguminosas ni otros alimentos meteorizantes ¿De qué se trataba todo esto?

Probablemente ese jugo de raíz que me habían dado a beber los duendecillos del bosque aún surtía su efecto.

Días más tarde, mediante la oficina de estadística del hospital, me averigüé la dirección del domicilio de don Esteño y me dirigí hacia allí.

Subí por la calle Ecuador de Valparaíso. Después tuve que ascender por una empinada escalera de ciento diez peldaños. Llegué jadeando a un pasaje y doblé hacia la izquierda. Atravesé un pequeño puente sobre un barranco y golpeé una oscura puerta mediante una aldaba de hierro que tenía la forma de una mano.

Me abrió una anciana que se alegró al saber quién era. Me guió por un pasillo en cuyas paredes estaban arrimadas antiguas vitrinas doradas al estilo Luis XV. Llegamos a un gran salón adornado con altos espejos de marcos también dorados y muebles rococó.

Desde el fondo del salón se abrió una mampara de cristal y apareció don Esteño que avanzó sonriente a saludarme.

-Mi querido doctor -exclamó- No he podido no dejar de saber de usted.

¡Don Esteño! -saludé- Qué bien se ve usted, pleno de salud; totalmente restablecido.

-Así es- me respondió. Gracias a Dios y a sus cuidados, doctor. Quería comunicarle lo bien que me siento y esto debido a su ojo clínico y acertado diagnóstico.

Mi industria de soldaditos ha tenido importantes variantes, en vez de plomo estoy usando estaño como materia prima.

-Qué bueno don Esteño que ahora usa estaño- respondí. Así nos libramos de una recaída. Pero en relación a sus regalos quisiera...

-Ni una palabra más- interrumpió don Esteño. No me ofenda doctor, al tratar de devolverme esos obsequios.

-Es que sus cualidades mágicas... balbuceé.

-No se preocupe doctor. En su profesión se encontrará con muchas sorpresas.

No insistí y callé.

Don Esteño, en compañía de su esposa, me invitó a que visitara su industria y al adentrarnos a otros aposentos de la casa presumí que estos estaban en las profundidades del cerro ya que no tenían ventanas y eran exageradamente largos. Parecían túneles; estaban iluminados por numerosas lamparillas que colgaban del cielo que se veía atravesado por enormes vigas de madera barnizada.

Lo que vi me colmó de asombro: Estaban delante de mí en impecable formación y marchando, miles de soldados de vistosos

EL MONEDERO, EL PARAGUAS Y LAS GAFAS MÁGICAS DE DON ESTEÑIO

uniformes, portando fusiles. También los había de caballería y bandas de músicos, otros portando banderas, cañoncitos de bronce, etc.

Se percibía un agradable olor a esmalte y el colorido de los uniformes de todas las épocas era simplemente ¡Magnífico! ¡Maravilloso!

Don Esteño y su esposa sonreían complacidos.

Ahora le mostraré mis últimos adelantos que serán para usted una novedad. Sígame doctor - y abriendo otra puerta llegamos a un inmenso túnel que me recordó el hangar de los tramposos ¡Allí estaban en numerosas filas, los mismos soldaditos que había visto momentos antes pero ¡de tamaño natural!

Las filas se perdían en el fondo de la inmensa sala.

-Los he fabricado con estaño que he extraído de este cerro- me dijo don Esteño, sonriendo con satisfacción. Es un estaño muy especial. Es un estaño mágico.

-Comprendo- respondí. Pensaba en esos instantes que todo lo que rodeaba a este personaje era deliciosamente mágico.

Me despedí feliz y maravillado por lo que había visto.

Llegué a mi casa, muy alegre, a contarle esta aventura a mi mujer.

Han pasado muchos años y no he olvidado a ese extraño personaje llamado don Esteño.

¿Acaso fue un bondadoso mago?

¿El último mago de los cerros de Valparaíso?

Hoy día soy un anciano médico ya jubilado.

Los duendecillos han vuelto a visitarme y a alegrar mi vida. No han cambiado sus nombres ni de humor y me alegro mucho de ello.

Cuando me siento cada vez más viejo, triste y abatido, me pongo las gafas de don Esteño y al instante me embarga una inmensa alegría.

Cada persona necesitada que golpea la puerta de mi hogar, recibe una moneda sacada del monedero mágico, y en las noches de insomnio, cuando la ciudad duerme, abro la ventana del dormitorio y colocando el mango del paraguas en el cinturón del pantalón, viajo silenciosamente sobre la ciudad dormida y pienso cuan equivocados estaban los adoradores de la diosa Apur-ete.

Medito. La vida es efímera y sin nada de gusto si no tiene algo de magia. Aunque sea un poquito, de la gran magia... de don Esteño.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 **creative
commons**



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.